

La ciudad: sobre la importancia de nuevos medios para hablar y pensar las ciudades^α

PAULO CESAR XAVIER PEREIRA *

RESUMEN: El presente trabajo incursiona en la gran dificultad que encierra el uso de la palabra *ciudad*, el cual genera un conjunto de ambigüedades que se manifiestan en el gran número de utilizaciones asignadas en los diversos campos de la investigación científica, centrado aquí en las ciencias sociales. Parte de la idea de la reificación o enajenación del lenguaje proveniente, a su vez, de la reificación de la vida cotidiana. El trabajo toma como referencia y parte de las reflexiones del filósofo, sociólogo, e historiador Norbert Elias (Breslau, hoy Wrocław, Polonia, 1897-1990) –uno de los pensadores más importantes de la segunda mitad del siglo XX– bajo la idea de que dicha dificultad proviene de la presión ejercida por las estructuras económicas, políticas y sociales, sobre los individuos que las constituyen sobreponiéndose y yendo más allá de ellos. El resultado de tal uso complejo y ambiguo de la palabra *ciudad*, ha traído como consecuencia el vaciamiento, fetichización y cosificación de su significado, conduciendo, por esta causa, a una “crisis del concepto”. La salida de esta “crisis” en tal uso se iniciará sólo si son identificadas y superadas las causas de la reificación reduccionista en el habla y se permita repensarla de un modo distinto: no sólo como la multiplicidad sociomaterial que la ciudad es, sino como lo que potencialmente ella puede ser.

1. Introducción

Este texto tiene por objeto discutir el uso de la palabra *ciudad*¹ a partir de las indicaciones de uso común y apropiado del diccionario de lengua portuguesa. En el popular diccionario “Aurelio” se encuentran señalados los significados y ejemplos de uso cotidiano de la palabra *ciudad*, que pasaremos a analizar a partir de una problematización de su definición. De esta manera, discutiendo el uso de la palabra *ciudad*, identificaremos dos obstáculos básicos para el conocimiento de la ciudad proveniente de nuestra manera de hablar y pensar.

Primeramente, es necesario dejar claro que nuestra intención no es hacer una etimología de la palabra *ciudad*, no obstante es necesario discutir el uso de esta palabra buscando hacer posible pensar y hablar de otra manera acerca de las ciudades.

^α Traducido del portugués por Jorge Gasca Salas, cotejado con el original por el autor.

* Profesor de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de São Paulo. Presidente de la Comisión de Posgrado de los cursos de Arquitectura y Urbanismo, y de Diseño de esa misma Facultad. Investigador de las condiciones sociales del desarrollo urbano en América Latina. Dr. en Ciencias Políticas por la Universidad de São Paulo. La temática central de sus investigaciones tratan sobre el estudio de la construcción de las ciudades desde el punto de vista de la producción del espacio, teniendo como referencia a la ciudad de São Paulo.

¹ Ver: M. S. Bresciani (Org.), *Palavras da Cidade*, Ed. UFRGS de la Universidad, Porto Alegre, 2001, pp. 261-284. Publicación del Programa “Les Mots de la Ville/City Words/Palabras de la ciudad” MOST-UNESCO.

Las ciudades, de acuerdo con un historiador de la arquitectura muy conocido, se constituyen históricamente como una forma dominante del ambiente construido. Según él las ciudades no existieron siempre y podrían dejar de existir.² Actualmente, las ciudades dominan y tienden a volverse, incluso, en un paradigma importante para pensar la sociedad. Aunque, esa importancia no es lo que más interesa en este texto, siendo muy probable que la prominencia que los paradigmas contemporáneos le atribuyeron al papel de las ciudades genere así confusión en lo que se pretende señalar.

Discutir el uso actual de la palabra *ciudad* es una manera de reconocer entre nosotros la existencia de una reificación del idioma. Un hábito de hablar “como si todo aquello que sometemos a la experiencia externa del individuo fuese una cosa, un ‘objeto’ y, peor todavía, un objeto estático”.³ “Las ciudades y las aldeas”, según la perspectiva sociológica de Norbert Elias,⁴ son como “las universidades y las fábricas”, “las familias y los grupos operacionales”. Constituyen tejidos de interdependencia o configuraciones específicas interpersonales constituidas por cada uno de nosotros y los demás. Son, sin embargo, formas de hablar y pensar como “si ellas existiesen no sólo sobre y por encima de nosotros mismos, sino también por encima de cualquier persona”,⁵ lo que da origen a las dificultades y problemas que intentaremos identificar a lo largo de este texto.

Esta manera de hablar al “nivel del lenguaje cotidiano”, según este sociólogo, nos causaría problemas si quisiésemos producir un conocimiento que fuese más allá del sentido común, bien utilizado y perfectamente entendido. Principalmente si no hubiese la tendencia de olvidarse que “mi casa”, “mi calle”, “mi barrio” o “mi ciudad”, representan estructuras que pueden ser designadas de otras maneras como “de él”, “nuestras”, “de ustedes”, “de ellos”. De este modo, la manera reificante con la que hablamos de ello, señala la característica de una dificultad profunda y persistente para pensar las cosas a otro nivel.

Incluso en su libro *Introducción a la Sociología*, Norbert Elias afirma que esta tendencia y dificultad persistente en la manera de hablar, se explica por la presión

específica que las estructuras ejercen sobre aquellos que las elaboran. Este sociólogo procura “dar una explicación satisfactoria a esta imposición, atribuyendo una existencia a esas estructuras –una realidad objetiva– que se coloca por encima de los individuos que las constituyen, fuera y más allá de los propios individuos. La manera ordinaria en que elaboramos las palabras y los conceptos refuerza la tendencia de nuestro pensamiento para reificar y deshumanizar las estructuras sociales”.⁶ De ahí la gran justificación y el objetivo de este texto, el cual consiste en identificar los usos de la palabra *ciudad* y en discurrir acerca de la posibilidades de superar los obstáculos frecuentes de esos usos para pensar las ciudades.

Así, este texto, desde su título, revela su intención: seguir al pie de la letra la rúbrica “La necesidad de nuevos medios de hablar y de pensar” del libro de Norbert Elias, lo cual precisa “revelar de un modo claro los obstáculos que repetidamente le han impedido el desenvolvimiento de la sociología en cuanto ciencia relativamente autónoma”. De este modo, recuperamos la formulación que este texto busca fundamentar desde esta sugestiva idea y pretendemos discutir la existencia de los obstáculos que dificultan pensar la ciudad. Teniendo como base este libro, consideramos que tanto la palabra *ciudad* como la propia ciudad tienen una existencia social y la relación entre ellas está lejos de responder a una necesidad natural. Por lo que nos preguntamos ¿cómo configuraciones y momentos de situaciones tan diferentes podrían ser nombrados y referidos con la misma palabra?, ¿bastaría con el uso de la palabra *ciudad* para denominar situaciones tan diversas o se oscurece aquello que necesita conocerse?

La palabra *ciudad* es el tema. Pero, por un lado, como fuente de esperanzas y de utopías, la ciudad ha sido por excelencia, el lugar de los deseos y de las angustias modernas, de otro, actualmente, en ella prevalecen la violencia y los miedos sociales. El momento, por tanto, exige más el repensar la palabra; apunta a la necesidad de redireccionar el pensamiento y reconstruir los medios de hablar y pensar sobre las ciudades.

El punto de partida es la palabra *ciudad*. Muchas son las dudas: ¿qué es la ciudad? ¿qué expresa la palabra *ciudad*? También preguntamos: debido a la amplitud de sus diversos sentidos y usos cotidianos, ¿hasta qué punto la palabra *ciudad* se está convirtiendo en una noción vacía? Los periódicos, casi todos, tienen una sección llamada “ciudad”, y también la radio y la televisión, tanto sus programas como sus noticiarios. ¿Hasta qué punto el uso “abusivo” de los propios mecanismos que dan reconocimiento social y difunden intensamente la palabra *ciudad*, le quitan su vitalidad y la convierten en una palabra vacía? Respecto a ese vaciamiento, asimismo hay quien afirma acerca de

² En su obra *História da Cidade*, Leonardo Benévolo afirma que: “la ciudad permanece como una creación histórica particular; ella no ha existido siempre, pero tuvo que surgir en un momento particular de la evolución social, y puede extinguirse o ser transformada de manera radical, en otro momento. No existe por una necesidad natural, sino por una necesidad histórica, que tiene un inicio y puede tener un final” (Benévolo, 1983, p. 9).

³ Norbert Elias, *Introdução à sociologia*, Edições 70, Lisboa, 1980, p. 13.

⁴ Norbert Elias, *op. cit.*

⁵ Elias, *op. cit.*, p. 16.

⁶ *Idem.*

la nulidad conceptual de la palabra cuando es utilizada en conferencias y estudios urbanos.⁷

En rigor los conceptos tienden a ser vaciados en la exacta medida en que el uso de las palabras que los representan se torna extenso y rico en contenidos heterogéneos. La palabra *ciudad* ha sido perpetuada para designar una creación histórica particular del ambiente construido que tiene que ser transformado continuamente y, en algunos momentos, hasta de manera radical. En esa historia, sumamente significativa para la dimensión política de esa palabra y la asociación de sus correlativos *ciudadano*, *ciudadino* y *ciudadanía*, utilizados respectivamente desde los siglos XIII, XVI y XX. Estas palabras designan valores y sociabilidades relacionadas con el ambiente construido y encuentran sus raíces en la palabra *ciudad*.⁸

Con esa indefinición de la palabra, procuraremos exponer su articulación con imágenes y representaciones simbólicas de la ciudad y el propio mecanismo social que, en la transformación de los valores y la sociabilidad tienden a ser reificadas con el uso de la palabra *ciudad*. En el fetichismo de las interrelaciones sociales los individuos se alienan en algo externo a ellos; por ejemplo, cuando ocupan el papel de autoridades y evocan estructuras que se vuelven extrañas. En ese extrañamiento nosotros habitualmente “nos referimos a esas estructuras como si existiesen no sólo sobre y por encima de nosotros mismos, sino también por encima de cualquier persona. En este tipo de razonamiento parece evidente que el ‘yo’ y ‘los individuos particulares’ están uno enfrente del otro, habiendo del otro lado una estructura social, o ‘medio ambiente’ que me rodea, a mí y a los otros ‘yos’”.⁹

Esa manera de hablar cosificada algunas veces personifica a la ciudad, en otras la reduce. En esta discusión es posible observar cómo la ciudad fetichizada aparece como sujeto social de transformaciones históricas, como personaje de la historia. Pero se observa también cómo todo aparece reductiblemente reificado, cuando una de las partes de la ciudad es presentada como inclusión en el conjunto de su realidad. Trataremos de demostrar que aunque esos usos de la palabra *ciudad*, con diversos sentidos, enriquecen la extensión de la palabra, generan una crisis del concepto. De lo que suponemos en esta discusión acerca del uso cosificado, personificado y reduccionista de la *ciudad*, puede surgir una contribución para la construcción de una nueva manera de hablar y de pensar sobre las ciudades.

2. El material: la palabra *ciudad*

Encontramos las palabras Cidade, Ciudad, Città, City, Ville y Stadt, en el diccionario de lenguas europeas.¹⁰ Cada lengua tiene su forma de nombrar el fenómeno que nos interesa, pero si tomamos un único diccionario, en cada

una de esas lenguas, encontraremos muchas acepciones. Se trata, por tanto, de una palabra cuya extensión es sumamente grande, o que conforme preguntamos, se vuelve más difícil su comprensión. A nuestra forma de ver, la crisis conceptual de la palabra *ciudad* se evidencia en la dificultad de su comprensión, asociada al uso extensivo de la palabra.¹¹

Al consultar el diccionario de portugués usado en Brasil y conocido como “Aurelio”, la información que encontramos nos dice que la palabra *ciudad* proviene del latín *-civitate-* y puede tener, como mencionamos, algunos de los sentidos actuales siguientes:

Ciudad: [del latín *civitate*]

1. Complejo demográfico formado social y económicamente por una importante concentración de población no agrícola, *i. e.*, dedicada a actividades de carácter mercantil, industrial, financiero y cultural, urbe.

2. Los habitantes de la ciudad, en su conjunto. *La ciudad sale a la calle para aclamar a sus héroes.*

3. La parte más antigua y central de una ciudad.

4. El centro del comercio.

5. Figurado: Prestigio o trayectoria personal en una cultura citadina [aceitação ou curso na cidade culta].

6. Brasil: Sede del Ayuntamiento, independientemente del número de habitantes.

7. Brasil: Vasto conglomerado de saúvas constituido por algunas prolongaciones llamadas panelas [Vasto formigueiro de saúvas constituído por vários alongamentos chamados panelas].

Teniendo como referencia estas nociones, guiaremos la reflexión acerca de la extensión y comprensión de la palabra *ciudad*, discutiendo desde la perspectiva de la cosificación, personificación y reducción de la ciudad, como se dejó indicado anteriormente. Es a partir de esa perspectiva que se organizan las ideas expuestas en este texto, que busca entender los obstáculos que impiden hablar y pensar sobre las ciudades.

⁷ “El concepto de ciudad nos parece literalmente anulado. [...] Como forma vacía, la ciudad se llena de contenidos diversos, extraños unos a otros: ‘abarrotada’ de este modo, la ciudad habla todo tipo de lenguajes, ‘bordea’ toda historia...” (Fourquet y Murard, *Los Equipamentos del Poder*, GG, Madrid, 1978, p. 35).

⁸ Cfr. Antonio Geraldo Cunha, *Dicionário Etimológico Nova Fronteira da Língua Portuguesa*, Nova Fronteira, Rio de Janeiro, 1982.

⁹ Norbert Elias, 1980, *op. cit.*, p. 16.

¹⁰ Las palabras están incluidas en el siguiente orden: portugués, español, italiano, inglés, francés y alemán.

¹¹ De acuerdo con Henri Lefebvre, el sentido de una palabra puede ser afrontado desde dos aspectos: desde su extensión o desde su comprensión. “La lógica formal establece la siguiente ley: ‘Comprensión o extensión varían en razón inversa una de otra’. Entre más extenso es un término, más pobre su comprensión” (Lefebvre, *Lógica Formal, Lógica Dialéctica*, Civilização Brasileira, Rio de Janeiro, 1979, p. 139).

Hemos organizado la exposición del texto de manera que en el próximo apartado se discutirá el significado o definición de la palabra *ciudad* de acuerdo con la primera anotación del artículo. En esa sección, nosotros cuestionamos la definición cosificada y la permanencia del uso de la palabra *ciudad* para referirse a situaciones y realidades diferentes. Enseguida de ese cuestionamiento -que señala la cosificación como la manera de definir las ciudades- partimos, para la definición, de dos usos de la palabra *ciudad* que pueden ser considerados como obstáculos para su comprensión: la personificación de la ciudad y la reducción de la ciudad a una de sus partes. En esa secuencia, nosotros destacamos los usos presentados en las anotaciones 2, 3 y 4; en una discusión acerca de cómo se habla o se piensa la ciudad imponiéndose silenciosamente sobre la simultaneidad de dos aspectos: como proceso y como objeto. Así, resaltamos como obstáculos básicos estos dos tipos de reduccionismo en el uso de la palabra *ciudad*, uno que acontece como reducción procesual y el otro que provoca una reducción del objeto.

Las anotaciones siguientes, las de los números 5, 6 y 7 de las referencias citadas, debido a que expresan un sentido figurado del uso de la palabra y brasileirismos, no serán discutidas. Partimos del supuesto de que configuran los casos de transposición de usos ya referidos.

Así, siguiendo las anotaciones del diccionario “Aurelio”, discutiremos primero la definición anotada, que intenta demostrar que la amplitud implícita en la extensión de la palabra *ciudad* y sus usos cosificados nos impiden la comprensión de la ciudad como proceso y como totalidad, tanto por su personificación como por su reducción reificada. Es esta la secuencia en que están expuestas las ideas sobre la importancia de nuevos medios para hablar y pensar sobre las ciudades.

¹² Los censos demográficos señalan un número cada vez mayor de municipios dedicados predominantemente a la agricultura, sus sedes son, evidentemente, sus ciudades y continúan respondiendo a las necesidades de una economía agrícola que, a pesar de haber pasado por profundas alteraciones, dejó de ser predominante para la economía nacional. La población agrícola económicamente activa con residencia urbana en Brasil está próxima a 20%, por arriba del porcentaje del Centro-Oeste y del Sudeste, especialmente, de São Paulo, de aproximadamente 40%. Cfr., José Graziano da Silva: *A Nova Dinâmica da Agricultura Brasileira*, Campinas, Unicamp, 1996, p. 188.

¹³ La literatura al respecto es muy extensa, pero se trata de una perspectiva histórica de este proceso y no respecto a la experiencia de São Paulo la cual podría consultarse, por ejemplo, en el libro de Sandra Lencioni, *Agricultura e Urbanização: A capitalização no campo e a transformação da cidade*, DG/FFLCH/USP, São Paulo, p. 1985.

¹⁴ La denominación de villas y pueblos, en Brasil, se refiere a aglomeraciones menores y menos importantes que las consideradas como ciudades.

¹⁵ J. G. Silva, *A Nova dinâmica da Agricultura Brasileira*, Unicamp, Campinas, 1996, p. 186.

3. Problematizando la definición: cosificación y perpetuación de la palabra *ciudad*

En este apartado discutiremos la definición de la palabra ciudad como se presentó en la primera anotación del diccionario “Aurelio”; nosotros cuestionamos la definición cosificada y la perpetuación de esta palabra para referirse a diferentes situaciones y realidades. Aquí vamos considerar apenas la primera anotación del párrafo:

Complejo demográfico formado social y económicamente por una importante concentración de población no agrícola, i. e., dedicada a actividades de carácter mercantil, industrial, financiero y cultural, urbe.

Sabemos de antemano que esta definición tiene varios problemas que interesan para la discusión propuesta. Quizás no parezca muy significativo resaltar la dificultad de caracterizar una “*concentración de población no agrícola*” como un problema inicial en esta discusión sobre la ciudad. Todavía en la actualidad existen ciudades que albergan población predominantemente dedicada a la agricultura. Son innumerables las ciudades que sobreviven hoy en función de la actividad rural, principalmente albergando a trabajadores rurales. En el cómputo general de los municipios brasileños, por ejemplo, en los años 80 aumento el número de ciudades que albergan población agrícola como tendencia que incluyó trabajadores rurales residentes, estabilizándose esa tendencia en una proporción de alrededor de 18 y 20% del total de esos trabajadores.¹²

Si regresamos hasta el siglo pasado y consideramos el desarrollo de la economía agrícola de São Paulo, veremos que la acumulación del capital cafetalero estaba asociada a la urbanización y a la formación de una red de ciudades. La asociación de esos procesos se tornó diferente, pero el cambio no fue menos importante a mediados de este siglo, para la intensificación del capital no agrícola o el trabajador rural que tendió a ser expulsado del campo hacia las ciudades.¹³ No era para más, como ocurrió en el pasado, sólo los propietarios procuraron residir en las ciudades, a pesar de la actividad agrícola. Debe notarse, por tanto, que estamos hablando de conglomerados que atraen a los propietarios rurales ricos simplemente y no de concentraciones desprovistas que quizás podrían ser llamadas pueblos o villas, en un sentido brasileño tradicional, para contraponerlos a la denominación de *ciudad*.¹⁴ Inclusive porque estas aglomeraciones en tanto que “ciudades se volvieron una esperanza de acceso al saneamiento, agua entubada, luz eléctrica, hospitales, guarderías y escuelas, de que el medio rural no dispone”.¹⁵

La situación expuesta permite considerar las limitaciones de pensar la ciudad tan solo desde la población o las actividades “*no-agrícolas*”. Podríamos ir más lejos y llevar

hasta el límite la discusión, recordando que actualmente existen la reestructuración productiva, la multiplicación de los medios de transporte, la generalización de la movilidad residencial y profesional, la cuales tienden a anular las diferencias entre campo y ciudad, principalmente en las áreas del entorno, por una especie de “urbanización generalizada”.¹⁶

Ante todo, la ciudad simultáneamente se define por su diferenciación y privilegio como sede del poder. Por lo que no queda definida solamente por su tamaño como un pueblo que simplemente habría crecido, a pesar del contraste entre grupos dominantes y subalternos en que los primeros son mantenidos por el excedente del producto total. En ciudades antiguas del Medio Oriente, de acuerdo con las observaciones del historiador Leonardo Benévolo,¹⁷ estos grupos concentraban el poder y no la población. De este modo, se puede considerar que las ciudades tienen una larga tradición en la concentración del poder, lo cual las define más que el crecimiento de su población. De hecho, el tamaño de la población, de manera significativa y en muchas ciudades se debe, al parecer, a ese poder.¹⁸

La palabra *ciudad* se derivó de las palabras que, en latín, indican “la ciudad; los ciudadanos; el derecho de los ciudadanos” (*civitas*, atis) o especialmente ciudadanos con autoridad romana. Las murallas eran “muri civitatis, los muros de la ciudad”. Hoy, esta palabra se aleja y toma más el sentido de concentración y aglomeración, llevando a definir la *ciudad* a partir de su complejidad asociada al tamaño de la población. Esta acepción muestra, en el fondo, una inversión claramente de sentido malthusiano al conferir demasiada importancia socio-económica a su proporción demográfica.

El esfuerzo por interpretar la ciudad por su concentración demográfica es un equívoco que restringe y bloquea el conocimiento sobre ella. Independientemente de la cantidad de población, la tentativa de caracterizar la ciudad por su demografía tiende a infravalorar y abstraer su diferenciación interna oscureciendo, a veces, las diferencias decisivas para explicar los procesos.¹⁹ De hecho, el equívoco parece ocurrir como persuasión y mayor ocultamiento cuando se habla de grandes concentraciones demográficas, porque en esa manera de hablar se deja de considerar que el tamaño de la población no devela fenómeno alguno, ni mucho menos el “gigantismo” de su complejidad social. De esa manera la ciudad es naturalizada y cosificada desde el dominio de una perspectiva malthusiana, la cual tiende a reducir la observación de la ciudad a la cantidad de población. “Observemos que ese cuantitativismo conlleva la imagen superficial de este fenómeno social, sobre todo para quien quiere captar con exactitud la esencia cualitativa y sus relaciones ocultas”.²⁰

Fue con el predominio de esta imagen malthusiana de las ciudades que se consolidó el contraste dominante de las grandes ciudades, la población no agrícola y agrícola y, como consecuencia, la ciudad en oposición al campo. Se trata de una consecuencia de una perspectiva que toma a la ciudad como cosa, considerada sobre todo en su materialidad en tanto que “complejo demográfico”. Se reitera una forma cosificada del habla de la ciudad cuando se expresa como fundamento una “*importante concentración*”. No es difícil, por eso mismo, encontramos con la dramática explicación cuantitativa para problemas actuales como los de transporte, abasto, saneamiento, educación, habitación, etc., como si estos fuesen los resultados del crecimiento caótico acelerado de la población, del mismo modo que el “gigantismo” se presenta con los proyectos de arquitectura.²¹

Se vuelve necesario enfatizar que cuando la palabra *ciudad* tiene como referencia la “*concentración de población*”, se designan innumerables experiencias que le otorgan un sentido a-histórico en el que, a pesar de todas sus metamorfosis, la palabra se preserva como referencia al tamaño de la ciudad, en sus más diversas situaciones. Con ese sentido de la palabra, se pierde el rigor y la comprensión de las determinaciones particulares de las ciudades, porque son captadas en una perspectiva a-histórica.²²

¹⁶ La Urbanización generalizada es un término utilizado por Bernard Kayser (1994) para referirse a las transformaciones que suceden recientemente en el mundo rural francés, que son consideradas cada vez más como vestigios o “restos” de lo no-urbano. Esto es usado por Marcel Roncayolo (1990) para referirse a un efecto de expansión urbana en el entorno de las ciudades como uno de los aspectos de la explosión urbana actual.

¹⁷ L. Benévolo, *História da Cidade*, Perspectiva, São Paulo, 1983.

¹⁸ De acuerdo con eso: “La ciudad –lugar del equipamiento, diferenciado y al mismo tiempo privilegiado, como sede de la autoridad– nace del pueblo, pero no de un pueblo de crecimiento reciente. Ella se forma cuando las industrias y los servicios son ya ejecutados por las personas que cultivan la tierra, y no por otras que no tienen esa obligación, las que son mantenidas por las primeras con el excedente del producto total” (Benévolo, *op. cit.*, p. 23.)

¹⁹ “La población es una abstracción, si se deja de lado, por ejemplo, las clases que la componen.” (Karl Marx, “Para uma crítica da Economia Política”, en *Os Pensadores*, Editora Abril Cultural, São Paulo, 1974, p. 122).

²⁰ A. L., Damiani, *População e Geografia*, Contexto, São Paulo, 1991, pág. 7.

²¹ Para mostrar cómo la tendencia de la cosificación cuantitativa es dominante, Marcel Roncayolo recuerda: “A la pregunta sobre el gigantismo, Ricardo Bofill [...] acepta la corriente dominante: ‘La lógica del gigantismo es, en efecto, forzosamente anclada dentro de nuestras sociedades y corresponde perfectamente a los mitos de ayer y de hoy.’” (M. Roncayolo, *La Ville et ses Territoires*, Gallimard, Paris, 1990, 25) Cabe señalar que actualmente en São Paulo se discute el megaproyecto “São Paulo Tower”, la construcción de una torre que sería la mayor del mundo.

²² De acuerdo con eso, se dice: “sous le nom de ville, s’accumule une somme d’expériences historiques plus que ne se profile la rigueur d’un concept” (‘bajo el nombre de ciudad se reúnen una gran cantidad de experiencias históricas que no se perfilan con el rigor del concepto’) (Roncayolo, *op. cit.*, 1990, p. 28).

No deja de ser curioso que la palabra *ciudad* es usada frecuentemente cuando se suelen tener como referencia contextos históricos geográficamente definidos, incluso, la ciudad tiene poco de permanente y definida. Es muy diversa y contrasta, por ejemplo, con la idea y la palabra “pozo”. La ciudad es lo contrario de “pozo”, depende de las formas políticas y sociales.²³ La ciudad es un símbolo de movilidad social que refleja la evolución estructural de las sociedades en el sentido de atender sus necesidades y realizar sus sueños. La ciudad es continuamente transformada. ¿Por qué la palabra *ciudad* se perpetúa? ¿Por qué se sigue usando precisamente cuando se observa que los cambios son profundos?

La palabra *ciudad* no expresa cambios, ni los procesos de tiempo corto, ni los de tiempo largo. Frente a ese inmovilismo recurrimos a una idea de Norbert Elias: “las necesidades de una reformulación sustancial en muchos aspectos del discurso y del pensamiento sobre aquello que es observable”. Esa idea nos hace insistir en la pregunta: ¿hasta qué punto es el propio dinamismo de la ciudad, y la medida en que este es percibido cada vez más intensamente, lo que vuelve necesaria una reformulación de los medios de hablar y de pensar sobre las ciudades?

La ciudad, en constante cambio, no tiene como ser entendida tras la unidad de sus movimientos y de su des/construcción. La palabra *ciudad* no expresa cambios, y su perdurabilidad oscurece la existencia de procesos, a semejanza de lo que Norbert Elias dice acerca de la palabra “sociedad”. En este mismo autor encontramos la clave para entender la perdurabilidad de esta palabra: “nuestros idiomas se construyen de tal modo que muchas veces sólo conseguimos expresar necesidades que requerirían de movimiento o de cambios

constantes (quer o movimento quer a mudança constantes), de tal forma que conferimos características de objetos aislados, en reposo y, entonces, casi como si fuera una explicación, inventamos una palabra que expresa al objeto poseedor de esa característica ahora por cambiar”.²⁴

Las ciudades reducidas e indiferenciadas para su aprehensión a-histórica no tienen, tampoco, cómo expresar las demoliciones y las innumerables construcciones realizadas o en realización en las ciudades, disimulando procesos que le dan dinámica material y social. Así, la comprensión de las ciudades es, contradictoriamente, cosificada por la palabra que la denomina, abstrayendo las relaciones sociales ahí contenidas sin captar la propia materialidad de su proceso. A pesar de esta limitación la palabra *ciudad* continúa usándose para referirse a los cambios y diferencias expresadas de acuerdo con el recurso usual de nuestra manera de hablar y usar palabras.

A propósito de esta manera de usar la palabra *ciudad*, vale la pena recordar como ejemplo la interpretación histórica de la ciudad de São Paulo, en el que es frecuente recurrir a las expresiones: “*la ciudad de tierra*”, “*la ciudad de ladrillos*” y “*la ciudad concreto*”, que se refieren a momentos de la historia de esta ciudad. Es, evidentemente, una forma de cosificación, en que la captura de los cambios por la palabra *ciudad* pasa por la asociación de los diferentes materiales constructivos. El movimiento es capturado mediante los diferentes materiales de construcción, tendiendo a perder lo que constituye la esencia de su historia, los procesos sociales. El cambio histórico es oscurecido y su condición más clara es reducida.

Esta interpretación es un ejemplo más de reducción-procesual, sus efectos se discutirán más detenidamente en el próximo apartado, aquí apenas indagamos sobre la posibilidad de cambiar esta manera de hablar y pensar las ciudades.²⁵ Hay dudas. Según Norbert Elias, esta limitación es parte de la tradición de los idiomas europeos. “Benjamin Lee Whorf in Language, Thought and Reality... nos demuestra que en las lenguas del tipo europeo las frases se construyen con dos elementos fundamentales: el sustantivo y el predicado. [...] Se considera que este es un proceso universal llamado proceso ‘lógico’ y ‘racional’ de transposición de conceptos y expresiones verbales de la realidad observada”.²⁶

Norbert Elias considera aplicable a la sociología los argumentos del “propio Whorf [que] apuntan a la posibilidad de que tales características limitativas de nuestras estructuras tradicionales de pensamiento y lenguaje sean en parte responsables de las grandes dificultades que los físicos encuentran cuando intentan comprender ciertos aspectos de la investigación reciente —especialmente la investigación relativa a las partículas atómicas— y cuando intentan conceptualizarlas adecuadamente”.²⁷ Lo que pre-

²³ La forma de pozo es independiente de las formas políticas y sociales. Es el símbolo de inmovilidad y permanencia de una estructura desenvuelta para atender las necesidades primordiales de las sociedades, y a pesar de esa semejanza difiere totalmente de la ciudad, que es continuamente transformada. ‘Ciudad’ difiere de ‘pozo’: “... En la China antigua cambiaba, a veces, la capital, en algunas ocasiones buscando mejor localización, en otras mejores condiciones de cambio para sus dinastías. El estilo arquitectónico no se modificó al transcurrir los siglos, sin embargo la forma de pozo permaneció inalterada, desde los tiempos más remotos hasta la actualidad. Así, lo pozo y lo simbólico de aquella estructura social que la humanidad desarrolla en el modo de atender sus necesidades primordiales, y que es independiente de todas las formas políticas. Las estructuras políticas cambian del mismo modo que las naciones (nações), pero la vida humana y sus necesidades permanece idéntica. Esto no se puede cambiar ...” (Wilhelm R., *I Ching – O livro das mutações*, Ed. Pensamento, São Paulo, p. 151).

²⁴ Norbert Elias, *op. cit.*, p. 121.

²⁵ Norbert Elias llama reducción-procesual a la reducción de procesos a condiciones estáticas: “Esa reducción de procesos a condiciones estáticas, a la que llamamos ‘reducción-procesual’ surge como evidencia para quien usa siempre esa lengua” (Elias, *op. cit.*, p. 122).

²⁶ *Ibid.*

²⁷ *Ibid.*

tendemos destacar es que estas limitaciones del lenguaje también se observan en la manera de hablar y pensar las ciudades.

Por ello retomamos a Norbert Elias, quien afirma que las lenguas de tradición europea “tienden a expresar el cambio entero y toda la acción por medio de un atributo, una palabra, o, por lo menos, como algo adicional, que se agrega al todo. En muchos casos, se trata de una técnica inadecuada para conceptualizar aquello que realmente observamos. Esta constante reducción procesual da como resultado que los aspectos inmutables de todo fenómeno, sean interpretados como sumamente reales y significativos. Esto acrecienta las esferas donde se impone una limitación totalmente falsa”.²⁸ Nuestro idioma pertenece a la tradición europea, sustrae la dinámica de la ciudad y nos obliga hablar y pensar como si la ciudad fuese una realidad estática.

Así, nuestra manera de hablar de las ciudades tiende involuntariamente a revolver las estructuras y procesos, los objetos y relaciones, lo material y lo social. Es una tendencia limitativa del estudio de la ciudad, que no considera las sociabilidades y relaciones que se establecen. Deja en la ambigüedad las consideraciones sobre la complementariedad esencial de las dimensiones tiempo y espacio, arbitrariamente separadas por el énfasis polarizador de una de las dimensiones en que se habla de modo dicotómico, desarticulando su unidad esencial, de la percepción de los procesos. Para que esa desarticulación fragmentadora de los procesos de la ciudad siga sin evidenciarse, el recurso del lenguaje no cambia, contribuyendo con ello a mostrarlos a partir de diferencias “estáticas”, es decir, como “cambios” (sin proceso). Finalmente, se presenta como un cambio de la ciudad que encubre los procesos en construcción y cosifica la transformación, donde las características limitativas de nuestras estructuras tradicionales de pensamiento y lenguaje reproducen reduccionismos, que tienden a oscurecer los estudios en construcción acerca de la ciudad.

De acuerdo con eso, es indispensable destacar que la persistencia de la palabra *ciudad* se contradice con la posibilidad de una evolución de las ciudades, con su naturaleza histórica. Anthony Gyddens,²⁹ cuando discute cómo algunas instituciones modernas que simplemente no se encuentran en periodos históricos anteriores, señala como ejemplo de continuidad ilusoria de esos órdenes sociales anteriores, precisamente, a la ciudad. Según Gyddens, esta presuposición de continuidad, muchas veces induce al error respecto al ritmo y marca del cambio, cuando no, como en el caso de la ciudad, sobre la propia naturaleza de las instituciones.³⁰

Esa presuposición de continuidad lineal de la ciudad con “la noción de crecimiento evolutivo o de desarrollo,

constituye el presupuesto teórico que hace que la(s) ciudad(es) sea(n) considerada(s) un hecho histórico, *siempre el mismo*, un fenómeno cuyas transformaciones (materiales y funcionales) constituyen el objeto de investigación de los especialistas”.³¹

La existencia de algunas “adaptaciones” en el uso de la palabra *ciudad* para indicar las diferencias entre las ciudades, así como para la construcción de una continuidad de la narrativa histórica, permite construir una lista de ejemplos de soluciones “provisionales” que se perpetúan. Estas “adaptaciones” señalan que el problema de construir la palabra apropiada existe, y la búsqueda de una noción que se ajuste a la realidad, ha exigido la creación de nuevas e innumerables palabras:

ciudad-dormitorio	ciudad-templo	ciudad portuaria
ciudad histórica	ciudad industrial	ciudad moderna
ciudad turística	ciudad medieval	ciudad antigua
ciudad colonial	ciudad global	ciudad región
ciudad provinciana	ciudad del interior	ciudad litoraleña
ciudad periférica	ciudad vertical	ciudad horizontal
ciudad satélite	ciudad administrativa	ciudad capital
ciudad laboral	ciudad minera	ciudad mundial

Al sustantivo se agrega el predicado, como fue observado anteriormente. Una palabra se ajusta a la otra atribuyendo a la ciudad significados adicionales o diferentes. ¿Qué hay de común allí, realmente, en todas esas denominaciones? ¿No hay un vaciamiento conceptual en esa manera de extender el uso de la palabra *ciudad*? Esos ejemplos de perdurabilidad de la palabra *ciudad* “corregida” por otras, podrían bastar para convencernos de que tenemos que pensar críticamente la aparente claridad de esta palabra.

²⁸ *Ibidem*.

²⁹ Anthony Gyddens, *As conseqüências da Modernidade*, Unesp, São Paulo, 1991.

³⁰ “Algunas formas sociales modernas simplemente no existían en periodos históricos precedentes ... tienen apenas una continuidad específica de órdenes sociales pre-existentes. Un ejemplo es la ciudad. Los modernos asentamientos urbanos frecuentemente incorporan sus localidades a las ciudades tradicionales, y esto las hace aparecer meramente como expansión a partir de ellas. En verdad, es el urbanismo moderno y su ordenamiento según principios completamente diferentes, los que establecieron la presencia de la ciudad pre-moderna en relación con el campo de periodos anteriores” (A. Gyddens, *As conseqüências da Modernidade*, Unesp, São Paulo, 1991, p. 16).

³¹ S. Bresciani, “As sete portas da cidade”, en *Espaços e Debates*, núm. 34, Neru, São Paulo, 1992, p.11 (cursivas nuestras).

A partir de esas observaciones en el uso de la palabra ciudad, más específicamente de los ejemplos de su adjetivación arriba indicados, se puede afirmar que el reduccionismo imperante de la manera de hablar y pensar las ciudades no sólo perpetúa la palabra sino oscurece el proceso histórico de su construcción social.

En esta perspectiva crítica que pretendemos construir, problematizar la palabra *ciudad* consistiría en identificar las temporalidades a ella atribuidas en el predicado, pensar los momentos y las adaptaciones de la palabra a las situaciones. Consistiría en considerar críticamente los procesos del lenguaje, de la sociedad y de la ciudad para deshacer eso que se llama “reducción-procesual”, denominación general para la cosificación y perpetuación de la palabra *ciudad* como fuente de las principales dificultades para hablar y pensar sobre las ciudades. Por eso, regresemos al diccionario para discutir los usos de la palabra *ciudad*.

3.1. Primer obstáculo: la reducción del proceso y la personificación de la ciudad

Retomaremos nuevamente el diccionario “Aurelio” para discutir el uso de la palabra *ciudad*, presentando la afirmación del apartado 2:

“La ciudad salió a la calle para aclamar a los héroes”

En esta frase de uso metafórico de la palabra *ciudad* la coloca en el lugar del sujeto, la personifica reificando lo social y, simultáneamente, se desentiende de su aspecto material. En ese sentido, la ciudad es vista como un actor social, capaz de llevar a cabo una acción, produciéndose en esta manera de hablar una personificación que oscurece los agentes actuantes del proceso social. El proceso de reificación está asociado a la cosificación y reducción de los agentes históricos, en que la ciudad personifica al sujeto de la acción transformadora de la historia. El proceso social es reificado y la ciudad pierde su materialidad. En ese sentido, la *personificación de la ciudad* difiere radicalmente de la *cosificación de la ciudad*, pero contradictoriamente la completan y la realizan como cosa. Porque si la cosificación apenas afirma su materialidad, la personificación la vuelve sujeto, pero cosificado.

La palabra *ciudad* utilizada metafóricamente en el apartado 2, retomada del “Aurelio”, le otorga el significado siguiente: “*Los habitantes de la ciudad, en su conjunto*”. Ella representa a “todos los habitantes de la ciudad” y coloca a la

ciudad como sujeto de la acción social. Ese modo de hablar toma a la ciudad como actor social y la coloca como sustituto del sujeto de la acción, lo que oscurece la presencia de los actores sociales, de sus prácticas y de su proceso histórico. En ese sentido, la ciudad no personifica el lugar del actor, sino se manifiesta como una categoría de la práctica social.

Ese uso metafórico de la palabra que personifica a la ciudad es muy frecuente. Así como por la fuerza de las imágenes periodísticas, São Paulo es “la ciudad violenta”, “la ciudad que trabaja” y “la ciudad del lucro”, está presente una manera de hablar que induce al oscurecimiento de los actores, prácticas y procesos. La totalidad social es cosificada de manera reduccionista porque, mediante mecanismos de alienación y extrañamiento del sujeto y de las relaciones sociales, la práctica social se objetiva en la ciudad. La ciudad representa al sujeto de la acción, personificando a los grupos sociales y a la acción conjunta de los habitantes. Esta personificación es una construcción fetichizada con características importantes de la sociedad capitalista, porque ha caracterizado la economía urbana contemporánea en su tendencia a mostrar lo económico, cultural y político de los procesos de la ciudad, como un carácter puramente natural o reflejo. Estos problemas no son recientes y tienen raíces profundas. La discusión de este sentido reificado de la palabra *ciudad* permite avanzar en la crítica del fetichismo espacial.

El debate sobre la ciudad y la historia es un ejemplo de estas cuestiones con profundas consecuencias para el uso y comprensión de la palabra *ciudad*. Para Lewis Mumford, por ejemplo, “*la ciudad como sujeto de la historia* es la correlación indispensable de su vacío conceptual. La ciudad *ni siquiera está relacionada con algún elemento de la materialidad territorial*. Adquiere vida propia, se anima, vive y muere como un sujeto viviente, actúa bien o mal ya que, a veces es tan elogiada como condenada por sus hechos y gestas históricas”.³²

La ciudad aparece como si fuese capaz de formar y lograr actividades vinculadas a la producción. “La ciudad se presenta como un aparato de transformación de la energía natural en energía útil. Adyacente al río, ella lo transforma en fuerza productiva social, energía para la agricultura, vida para la tierra. El agua salvaje es domada, recogida, almacenada y distribuida por la ciudad”.³³ Se habla de la ciudad, como si ella fuese capaz de producir y dominar la tierra, partiendo de la cosificación como el origen y la fuerza de su poder. Debido a esa manera de hablar y pensar la ciudad, ella se vuelve la fuente de la fuerza sobre la naturaleza y de poder sobre los hombres, constituyéndose en un sujeto de la historia.

De acuerdo con Fourquet y Murard,³⁴ refiriéndose a la ciudad, dice que historiadores de diferentes envergaduras recurren a estas mismas metáforas. Ellos le recuerdan ejemplos como el del historiador Fernand Braudel, quien

³² Fourquet y Murard, *Los Equipamentos del Poder*, Gustavo Gili, Madrid, 1978, p. 35 (cursivas nuestras).

³³ *Ibidem*.

³⁴ *Op. cit.*

se vuelve inevitable relacionar con el uso reciente que se hace de la palabra *ciudad* en la discusión de la internacionalización de los procesos financieros y de la reestructuración de la economía mundial. Braudel identificó y convirtió en equiparables el dinero y la ciudad: ‘El dinero, es decir, las ciudades’, análisis frecuente que identifica aquellos procesos globales con algunas ciudades. La palabra *ciudad* pierde al todo particular como su referente, y su materialidad como proceso histórico particularizado del actor social, queda inmerso en procesos más generales y más abstractos.³⁵

En estos usos de la palabra *ciudad*, para la crítica de Fourquet y Murard,³⁶ lo que está en cuestión son los mecanismos de su propia representación. En el uso metafórico de las palabras ocurre la sustitución e intercambio entre capitalismo y ciudad mediante la subordinación de los procesos sociales. En ese sentido vale la pena recordar otra idea que menciona Braudel: “En Occidente capitalismo y ciudad han sido, en el fondo, la misma cosa”. Así pues, los tratadistas se preguntan: ¿Finalmente, en qué consiste este fondo? A partir de esa indagación se observa que este fundamento se encuentra en la representación ideológica del capital, en una manera de hablar que reifica las prácticas sociales y la ciudad pierde su dimensión material.

Así, uno de los principales efectos de esa representación reificada consiste en que el discurso sobre la ciudad no habla de ella: en la palabra *ciudad* no se hace referencia a la ciudad. Utilizada metafóricamente, pasa a expresar nociones históricas que no le son propias, condensando en una misma palabra las relaciones sociales y procesos pertenecientes a diversos campos.³⁷ Por lo que “la ciudad se diluye, ya sea como ‘proyección espacial’ de las figuras de la producción social, o bien en el nombre dado a estas figuras, bajo el cual ella se ampara subrepticamente para atribuirse la vida y la fuerza”.³⁸

La crítica de estas metáforas como fetiches—en la relación ciudad y capitalismo—se vuelve relevante para la construcción de una nueva manera de hablar y pensar las ciudades.³⁹ Inclusive porque en el ámbito de la economía política el problema del fetichismo, tanto emerge de las relaciones capitalistas de producción como permite una crítica de estas mismas relaciones sociales. El análisis de este problema en las proposiciones de Marx, se encuentra particularmente en la llamada “Fórmula Trinitaria” en la que los agentes de la producción—los propietarios de los medios de producción— dan cuenta del conjunto de la estructura capitalista y sin embargo, esta fórmula tripartita de la producción no pasa de ser la realidad de una ilusión, una reificación generada en el universo ilusorio de los intereses de las clases de los propietarios—capitalistas, propietarios de la tierra y trabajadores— sobre la producción de la riqueza social, que legitima su distribución—lucro (intereses), renta de la tierra y salarios— como ganancias correspondientes a cada fracción social.

La “Fórmula Trinitaria” remite a las categorías más simples de la producción capitalista, toma el fetichismo en su forma simple y se expresa en rendimientos de dinero, de la tierra y del trabajo, como relaciones sociales. “Por consiguiente, ellos no son meras ilusiones en cuanto la práctica capitalista permanece intacta, y exigen nuestra atención”.⁴⁰ Es verdad que este es un punto que tiene divididos los estudios sobre la ciudad; y es conocido que muchos destacan la necesidad de una teoría distinta para el análisis del espacio urbano.

El problema es polémico; siendo importante recordar que, de igual forma, entre los marxistas, el problema implica un tratamiento difícil. Sobre todo porque el obstáculo señaló que la manera de hablar y pensar las ciudades podría encontrar eco en Marx y Engels, cuya obra fue producto de la lectura cuidadosa de Henri Lefebvre quien muestra el inicio de una fuerte preocupación por el papel de la ciudad. Para los fundadores del marxismo, en sus primeras obras, el sujeto de la historia es la ciudad: “Ici, le Sujet de l’histoire, c’est incontestablement la Ville”.⁴¹

El estudio de la situación acerca de los obreros en las ciudades inglesas, especialmente en Manchester, que se constituyó en el camino de Engels para la crítica de la sociedad capitalista, fue reconocido por Marx en el Prólogo de *Para una Crítica de la Economía Política* (1859), como otro camino que lo condujo al mismo resultado.⁴² Sólo

³⁵ “Fernand Braudel, ... enuncia directamente la operación de equivalencia o de identificación: ‘El dinero, es decir, las ciudades.’ El mismo cuerpo del capital—el dinero— encuentra sustituto territorial: la ciudad.” (Apud, Fourquet y Murard, 1978, p. 27). Análisis actuales relacionan directamente ciudades globales y circuitos financieros mundiales, lo cual vuelve ejemplares los textos de Saskia Sassen.

³⁶ Fourquet y Murard, 1978, *loc. cit.*

³⁷ “El discurso sobre la ciudad no habla de la ciudad; bajo esta forma vacía se delira con la Historia, y no escapamos de este equívoco. A su vez, hemos dicho ‘ciudad’ en vez de relaciones sociales de producción, fuerzas productivas, capital, o incluso Estado”. (Fourquet y Murard, *op. cit.*, p. 34).

³⁸ Fourquet y Murard, *op. cit.*, p. 36.

³⁹ La ciudad fetichizada es sustituida por el modo de producción, por el capital comercial e industrial, por el Estado, etc.; actualmente, por el capital financiero. El fetichismo de la mercancía, discutido por Karl Marx en *El Capital*, es apenas un punto de partida para el estudio de la reificación que la estructura capitalista genera como constitución de la sociedad burguesa.

⁴⁰ Gottdiener, *A produção social do espaço urbano*, Edusp, São Paulo, 1993, p. 163.

⁴¹ Henri Lefebvre, *La Pensée marxiste et la ville*, Casterman, Paris, 1972, p. 45.

⁴² “Friedrich Engels, con quien por escrito mantuve un intercambio permanente de ideas desde la publicación de su genial esbozo de crítica de las categorías económicas (Los Anales Franco-Alemanes), llegó por otro camino (véase su trabajo ‘La situación de la clase obrera en Inglaterra’) al mismo resultado y al mismo tiempo que yo; en la primavera de 1845, cuando vió también la necesidad de instalarse en Bruselas, decidimos elaborar en común nuestra posición contra lo que había de ideológico en la filosofía alemana; se trataba, de hecho, de un ajuste de cuentas con nuestra antigua consciencia filosófica. El propósito tomó cuerpo en la forma de una crítica de la filosofía post-hegeliana” (Karl Marx, “Para una crítica da Economía Política”, en *Os Pensadores*, Editora Abril Cultural, São Paulo, 1974, pp. 136 y 137).

más tarde, habiendo realizado su deslinde con la filosofía alemana y teniendo presente el surgimiento de la gran industria a la que ellos irían, según Lefebvre,⁴³ abandonar la preocupación por el tema de la ciudad.

“Avec l'apparition de la grande industrie, la ville [...] cesse pour Marx et Engels d'apparaître comme ‘sujet’ du processus historique. Le passage au capitalisme, dont la ville est le support social et le véhicule, va poser différemment le problème du sujet (et peut-être le faire disparaître).⁴⁴ Después de la formación de la gran industria, la ciudad ya no interesaba como tal, el debate sobre la ciudad socialista era una utopía, el problema habitacional poco interesante y la crisis de las grandes ciudades estaba lejos de mostrar la potencialidad de la fábrica moderna. Desde entonces, el centro de interés de los estudios de la economía política se concentró en el mundo de la fábrica.⁴⁵

Sólo recientemente se renovó la preocupación de estos estudios por la crisis de las ciudades. Pero, sorprendentemente, esa intensidad actualmente coincide con el momento en que se consideraba superada la sociedad industrial y la crítica de las ciudades contemporáneas empieza a reconsiderar los mecanismos de su antigua representación personificada. Es a partir de los debates sobre las grandes ciudades, especialmente de aquéllas más emprendedoras que están siendo llamadas megaciudades, que se comienzan a vislumbrar como nuevos motores de la historia: *la red de ciudades*.⁴⁶ Como se observa, de acuerdo con lo que se ha mostrado en esta rápida discusión acerca de la palabra *ciudad*, son muchas las limitaciones de esa manera de hablar y pensar.

3.2. Segundo obstáculo: la reducción del objeto es la pérdida de la noción de totalidad

Volvamos de nueva cuenta al diccionario “Aurelio”. En él se ofrecen ejemplos de otros usos de la palabra

⁴³ Henri Lefebvre, *loc. cit.*

⁴⁴ (“Con la aparición de la gran industria, la ciudad (...) deja de aparecer para Marx y Engels como ‘tema’ del proceso histórico. El paso al capitalismo, cuyo apoyo social y vehículo es la ciudad, presentará de modo diferente el problema (y quizá lo haga desaparecer)”. Henri Lefebvre, *La Pensée marxiste et la ville...*, p. 59. Nota del traductor).

⁴⁵ Jordi Borja (1983) presenta un interesante artículo sobre la evolución del marxismo y del estudio de la ciudad.

⁴⁶ De acuerdo con esto: “Políticamente, es necesario que los gobiernos municipales asuman su poder y sean capaces de afirmar su comunidad de intereses por encima de sus diferencias de partido o de ideología (...) las redes de ciudades, representadas por sus gobiernos, podrían ir constituyéndose en actores colectivos poderosos y dinámicos en la escena económica global, capaces de negociar constructivamente con las corporaciones multinacionales y las instituciones supranacionales” (Borja y Castels, *Local y Global. La gestión de las ciudades en la era de la información*, Taurus, Madrid, 1997, p. 34).

ciudad que aquí agrupamos en un conjunto que caracteriza otro obstáculo sobre el hábito de hablar y pensar las ciudades.

Aquí, observamos que la palabra *ciudad* corresponde a una manera de hablar que toma apenas un fragmento de su territorio, como si esa parte fuera la ciudad en su totalidad. Así, un espacio físico reducido de la ciudad pasa a ser considerado como el todo. Bajo esa connotación, *ciudad* significa:

“La parte más antigua y central de una ciudad”
“El centro del comercio”

En esos significados se evidencia la aprehensión de la parte como si fuera el todo. Una porción de la ciudad, sea ella la más antigua, central o la más activa comercialmente, pasa a ser considerada como la «ciudad». Se trata, evidentemente, de un reduccionismo.

Como se puede verificar, una parte de la ciudad —en general, el centro antiguo y comercial— asume el lugar del todo. Esa parte, significativamente, no es una parte cualquiera de la ciudad, ella contiene una dimensión centralizadora, anterior o nueva. En ella se desarrollan las actividades comerciales, de cultura, etc., que crean centralidades, sean ellas nuevas o referidas a una centralidad antigua que encuentra sustento en el patrimonio de la ciudad. Estas partes se identifican como el ser de la ciudad, lugar privilegiado y asumido por los habitantes como esencia del espacio de la ciudad. De allí, es común encontrarnos expresiones como éstas:

—Ayer fui a la ciudad.

—La ciudad está activa (en movimiento) [A cidade está movimentada].

Donde el uso de la palabra *ciudad* sirve, así, para delimitar un territorio que designa apenas una parte de lo que ella realmente es. En estos fragmentos están presentes lógicas y estrategias de control espacial reconocidas como hegemónicas y que tienden a dominar la ciudad como un todo. El sentido hegemónico del espacio de la ciudad es tan fuerte, que en el “Aurelio” tiene el uso de la palabra *ciudad* como sentido de «Prestigio o trayectoria personal en una cultura citadina [aceitação ou curso na cidade culta], por ejemplo, en la frase «el Fulano es de la ciudad».

Tal vez la principal implicación de la denominación de *ciudad* (que se refiere a una parte de la ciudad y no a otras), es que ese uso de la palabra gira al interior de la representación de la ciudad, a su opuesto: la no-ciudad. Así, se refuerza una jerarquía espacial interna de la ciudad reiterando diferencias entre la ciudad y la no-ciudad. La creación y el fortalecimiento de diferencias internas a la

ciudad responden a las necesidades lógicas de reproducción del capital y la ciudad, en sus diferencias, responde a las estrategias de control.⁴⁷

La *ciudad*, cuando significa centro, es el lugar del consumo de mercancías, de capitales, de buenos empleos, de información, etc. Es la parte que se afirma como un todo y termina por excluir todo lo que amenaza la centralidad. Reiterando, una parte de la ciudad aparece como si fuese el todo, es decir, una de sus centralidades (partes). Aparece como si fuese toda la ciudad. Por consiguiente, una parte de la ciudad –el centro histórico, religioso o comercial– puede aparecer como si fuese una unidad aislada.

El espacio físico de la ciudad reducida a su centro, asume características de cosa aislada, se aísla como cosa, como «objeto aparte» dentro de la ciudad. Por consecuencia, se vuelve común hacer oposiciones usando términos reduccionistas como ‘centro’ y ‘periferia’, para hablar y pensar la dinámica de la ciudad. Las diferencias de la ciudad son representadas como si fuesen dicotomías y hace pensar que su dinámica es fija, reducida a dualidades. Las discusiones interminables sobre la periferia urbana tienen que ver en mucho con el lenguaje reduccionista inducido por esa perspectiva dicotómica y dualista. Esa manera reduccionista de hablar hace del centro un espacio paradigmático, y de la periferia una no-ciudad, porque tal paradigma no se realiza. Sin embargo, una conciencia del todo puede mostrarnos que estas partes constitutivas de la ciudad son características creadas por condiciones específicas y formas particulares de producción de la propia ciudad, como partes de una misma dinámica espacial.

La consideración de una parte de la ciudad como si fuese todo su espacio, conduce a la discusión de sus partes como cosas aisladas. Se hacen esfuerzos muy favorablemente en el sentido de superar este dualismo. Se trata de una cuestión de método, pero también de una trampa del lenguaje, en la que la persistencia del discurso reduccionista en la aprehensión de las múltiples diferencias de la ciudad, se torna en obstáculo para la superación del pensamiento dualista. Sobre todo porque para este reduccionismo dualista, cada parte de la ciudad es considerada como cosa aislada, haciendo que aparezcan como si fuesen estáticas, especialmente en relación con el centro, y no fuesen históricamente constituidas por relaciones establecidas en múltiples conflictos.

Norbert Elias afirma que “nuestro lenguaje nos obliga a hablar y pensar como si todos los ‘objetos’ del pensamiento –incluyendo a las personas– fuesen, en la realidad, estáticos”. También los considera como fuera de relación alguna. [De este modo] “...encontramos muchos términos que transmiten la idea que tiene como referencia a obje-

tos aislados e inmóviles... El propio concepto de sociedad tiene características de objeto aislado en estado de reposo, así como el concepto de naturaleza. Lo mismo acontece con el concepto de individuo». ⁴⁸ La ciudad reducida a objetos aislados o separados –centro y periferia– termina comprometiendo la comprensión de la totalidad del espacio físico de la ciudad, así como de la dinámica de la ciudad, reduciéndola a una realidad, no sólo dualista, sino también, estática.

4. Conclusión

Los usos de la palabra *ciudad* se muestra polémica. La necesidad actual de avanzar hacia la comprensión de las ciudades, sin embargo, no permite más los reduccionismos simplificadores que son utilizados de manera frecuente al hablar y pensar acerca de ellas. En este cuestionamiento de la manera común de usar la palabra *ciudad*, destacamos dos obstáculos para la aprehensión del proceso social de la ciudad. En uno, su movimiento quedó reducido, y en otro, la comprensión de la totalidad se redujo a una de sus partes, a su parte histórica, a su centro comercial, etc. Como se intentó demostrar en ambos casos, estamos ante los procedimientos reduccionistas de la comprensión de la ciudad. A pesar de la actividad realizada en cada uno de ellos, se tienen implicaciones diferentes.

La ciudad, en la perspectiva reduccionista de su realidad, como se discutió en ese texto, ha sido comprendida por un lado como una reducción procesual, constituyendo un personaje sujeto de la acción, y por otra como una reducción del objeto en la que una de sus partes se convierte en el paradigma del todo.

No obstante, como vimos, la ciudad no puede constituirse ni en el sujeto de la acción, a través de una visión reificada de los procesos sociales, ni puede ser reducida a una parte del conjunto espacial, a través de una visión fragmentadora o dualista de ella, como si se ensamblaran los diferentes fragmentos que no hubiesen sido aprehendidos en una jerarquía. Por eso, para la ciudad, del mismo modo en que se discute para el espacio, la reducción es un obstáculo para su conocimiento. «El espacio simplemente no puede ser reducido a una localización de las

⁴⁷ “Le capitalisme d’Etat et l’Etat en général ont besoin de la «ville» comme centre (de décisions, mais aussi de richesse, d’information, d’organisation de l’espace)». (Lefebvre, 1973, pág. 22): “El capitalismo de estado y el Estado en general son necesidades de la ‘ciudad’ como centro (de decisiones, pero también de riqueza, de información, de organización del espacio)” (Lefebvre, *La survie du capitalisme*, Anthropos, Paris, 1973, p. 22). (Apostilla del traductor).

⁴⁸ Elias, *op. cit.*, p. 123.

relaciones sociales como posesión de propiedades –ello representa una multiplicidad de preocupaciones sociomateriales. El espacio es una localización física, una pieza inmóvil, y al mismo tiempo, una libertad existencial y una expresión mental. El espacio es al mismo tiempo el lugar geográfico de la acción y la posibilidad social de incorporarse a la acción». ⁴⁹ En ese sentido, la comprensión de la ciudad en su multiplicidad sociomaterial, permite no sólo repensar lo que es la ciudad/sociedad, sino también lo que ella puede ser.

Así, repensar la palabra *ciudad* permite discutir cómo los obstáculos de nuestro lenguaje cotidiano han impedido claridad en nuestra manera de hablar (reductora) y pensar (dualista) sobre la realidad de las ciudades, especialmente

de su movimiento en conjunto. Ese ejercicio intelectual nos acercó a las proposiciones de Henri Lefebvre, un pensador nada convencional, que no acepta el fetichismo sin crítica, proponiendo que «la transformación de la ciudad moderna en una ciudad humanista debe acontecer bajo la forma de una ‘revolución urbana’ –en la forma de una revolución del *diseño* espacial organizado en torno de la vida cotidiana desalienada...⁵⁰ ¿Qué otro lenguaje le correspondería a ese *diseño*?

Creemos que estas observaciones elaboradas sobre la palabra *ciudad* pueden extenderse a un grupo de palabras dichas respecto a las ciudades. En ese sentido, los elementos de esta discusión son válidos para otras palabras que expresan esa manera reificada de hablar y pensar sobre las ciudades, borran la visión del proceso social y de la totalidad.

Bibliografía

- ◆ Benévolo, L., *História da Cidade*, Perspectiva, São Paulo, 1983.
- ◆ Borja, J., “Los actores sociales en la construcción de la ciudad”, en *Ciudad y Territorio, Revista de Ciencia Urbana*, Madrid, núm. 3-4, 1983, págs. 57-58.
- ◆ Borja, J. y M. Castells, *Local y Global. La gestión de las ciudades en la era de la información*, Taurus, Madrid, 1997.
- ◆ Bresciani, S. «As sete portas da cidade», en *Espaços e Debates*, núm. 34, Neru, São Paulo, 1992.
- ◆ Damiani, A. L., *População e Geografia*, Contexto, São Paulo, 1991.
- ◆ Elias, N., *Introdução à sociologia*, Edições 70, Lisboa, 1980.
- ◆ Fourquet, F. y L. Murard, *Los Equipamentos del Poder*, Gustavo Gili, Madrid, 1978.
- ◆ Gottdiener, M., *A produção social do espaço urbano*, Edusp, São Paulo, 1993.
- ◆ Gyddens, A., *As conseqüências da Modernidade*, Unesp, São Paulo, 1991.
- ◆ Kaysr, B., *Pour une ruralité choisie*, Datar, Paris, 1994.
- ◆ Lefebvre, H., *Lógica Formal, Lógica Dialéctica*, Civilização Brasileira, Rio de Janeiro, 1979.
- ◆ Lefebvre, H., *La survie du capitalisme*, Anthropos, Paris, 1973.
- ◆ Lefebvre, H., *La Pensée marxiste et la ville*, Casterman, Paris, 1972.
- ◆ Lefebvre, H., *A Linguagem e a Sociedade*, Ulisséia, Lisboa, 1966.
- ◆ Lencioni, S., *Agricultura e Urbanização. A capitalização no campo e a transformação da cidade*, DG/FFLCH/USP, São Paulo, 1985.
- ◆ Marx, K., “Para uma crítica da Economia Política”, en *Os Pensadores*, Editora Abril Cultural, São Paulo, 1974.
- ◆ Roncayolo, M., *La Ville et ses Territoires*, Gallimard, Paris, 1990.
- ◆ Silva, J. G., *A Nova dinâmica da Agricultura Brasileira*, Unicamp, Campinas, 1996.
- ◆ Wilhelm, R., *I Ching – O livro das mutações*, Ed. Pensamento, São Paulo.

Diccionarios

- ◆ Buarque de Holanda Ferreira, Aurelio, *Novo Dicionário da Língua Portuguesa*, Nova Fronteira, Rio de Janeiro.
- ◆ Geraldo Cunha, Antonio, *Dicionário Etimológico Nova Fronteira da Língua Portuguesa*, Nova Fronteira, Rio de Janeiro, 1982.
- ◆ Pe. H. Koehler S. J., *Dicionário Escolar Latino-Português*, Ed. Globo, Rio de Janeiro, 1957.

⁴⁹ Gottdiener, *op. cit.*, p. 127.

⁵⁰ Gottdiener, *op. cit.*, p. 126.